¡Déjese ir!

Por Ralph M. Lewis, F.R.C.

Una frase adoptada hoy por gran parte de la juventud como incentivo de libertad de la personalidad es "¡Déjese ir!" Por ejemplo, en una escuela secundaria local en ocasión de sus recientes ceremonias de graduación, una insignia llevando esa frase fue colgada en una muralla lateral del auditorio donde se llevaba a cabo el evento.

El propósito tras el término implica la necesidad de liberar el ego, la personalidad, de las represiones e inhibiciones que pueden haber resultado de imposiciones de la sociedad. Más sucintamente, sin embargo, las palabras sugieren ser uno mismo en el sentido de dar salida a cualesquiera impulsos o deseos de los que uno pueda estar consciente. Para ser efectivo ellas parecen implicar el actuar en cualquiera que sea la forma hacia la que se esté inclinado. Restringir, inhibir tales impulsos es negar el ser, vivir uno su vida en forma impropia.

Podemos colegir de esta declaración, por la forma en que está redactada, que cada individuo satisface sus estímulos e impulsos en cualquiera manera que a él le parece la más apropiada. Psicológicamente, esto constituye una actitud atávica, es decir, una reversión a un estado verdaderamente primitivo. La autodisciplina, entonces, ya no es más mandatoria. No existe razón para imponer un autorrefrenamiento.

Por este medio uno se hace el solo intérprete de lo que es mejor para sí mismo, sin consideración de los efectos de esa conducta en otros. Hasta las primitivas unidades familiares, fuera de las cuales crecieron las tribus y clanes en pasadas centurias, y las cuales constituían la más elemental civilización en el más amplio sentido del término, estaban, no obstante, dotadas de un código de tabúes proscribiendo cierta conducta que parecía ser adversa a su sociedad. A uno no se le permitía perseguir motivaciones personales libres de su consecuencia para otros.

Si pensamos del hombre como habiendo hecho algún ascenso a través de las edades, se encuentran ciertas abstenciones en su conducta, ya sean autoimpuestas o forzadas por la sociedad de la que él era parte. En verdad, una notable distinción del hombre de los animales más bajos es la evaluación que él hace de su conducta en precisamente *no* dejarle ir.

Cualquiera sociedad es una *entidad* en sí misma. Sus elementos son los humanos que la componen. La sociedad, entonces como ser artificial, tiene ciertos valores, ciertos objetivos o fines a los que aspira y los que cree necesarios para su existencia. Básicamente, la teoría tras la sociedad es resguardar la existencia y el bienestar de los miles de que está compuesta. aunque admitidamente a veces falla en 51] propósito fundamental. Sin embargo, sin la existencia de la sociedad en alguna forma, el hombre no habría avanzado al grado que tiene.

En la sociedad existe una minoría relativa que formula los ideales esenciales y la estructura por la cual ellos deben ser realizados. Es una minoría también la que voluntariamente trata de regular sus vidas para conformarlas así a los elementos decretados de su sociedad, es decir, sus leyes y costumbres. En la mayoría de las sociedades, en lo que a la mayoría concierne, la conducta personal es el resultado de enforzada compulsión por medio de "la ley de la tierra".

Lo Permisible

Lo permisible que hoy experimentamos a guisa de liberación del individuo, es en cierto grado, una deterioración de la autodisciplina. El hombre no puede vivir solo. No puede vivir exclusivamente en un mundo justo para sus conceptos y deseos. Hasta el recluso que vive en un área remota del mundo, aislado de los otros hombres precisamente para expresar su interpretación de sus propios deseos, sacrifica las ventajas del pensamiento y la acción comunales.

El dejarse ir es contravenir los estándares morales y éticos. En la moral existe consciencia privada y pública. La *consciencia privada* es el concepto personal de lo que constituye el bien en la conducta personal y social. Por asociación y evaluación individual de su propia conducta y la de otros, el hombre arriba a ciertos valores personales para el gobierno de su vida. Esta moralidad personal puede, por supuesto, estar influida por afiliación religiosa o en forma total por el autoanálisis de la conducta de uno en relación con las vicisitudes de la vida. La consciencia no es una dote divina. Es una construcción de ciertos impulsos que el individuo concibe como rectos en relación con su medio ambiente, educación y asociaciones.

La *consciencia pública* consiste en los códigos de conducta que en teoría la sociedad ha acordado colectivamente y enfuerza a través de sus leyes sobre los ciudadanos. De estas morales públicas se piensa que son para el beneficio general de todos los miembros de la sociedad. Se cree que su violación no es solamente una moral injusta en el sentido de desviarse de un código religioso, sino detrimente también para el individuo en sí y para otros en la misma sociedad. Simplemente, tal conducta como, por ejemplo, el asesinato, la violación, robo, perjurio, son destructivos para el verdadero corazón de la sociedad, indiferente de cualquiera interdicción religiosa en su contra. Por consiguiente, la consciencia privada a menudo no está de acuerdo con el bien colectivo de la consciencia pública.

Hoy en día estamos enfrentados con una ola de crimen en aumento. Verdaderamente, el criminal es uno que psicológicamente es "Déjenlo ir". Actúa en una forma para su personal beneficio sin preocuparse del impacto de tales actos sobre la sociedad. Al realmente "Dejarse ir" usted no puede evitar el cometer un acto criminal. El dar salida total a las pasiones y deseos, causará que uno corra contra esa disciplina que la sociedad espera y exige de sus miembros para su beneficio colectivo.

Como una analogía, si usted quiere algo y se deja a sí mismo ir en el no calificado significado de ese término, puede que tenga que apropiarse ilegalmente de la propiedad de otro para obtenerlo. Por otra parte si se

refrena a sí mismo en que aquello sería un robo y moral y legalmente equivocado, usted, en realidad, no se habría dejado ir.

Libertad

El popular concepto equivocado de libertad ha contribuido a la contemporáneamente permisible paráfrasis de "Déjese ir ". El conflicto de hoy entre las diferentes ideologías ha llevado a la palabra *libertad* a una confundida prominencia. Una básicamente equivocada connotación se está asociando con la palabra. Es comúnmente llevada a significar que la *absoluta libertad* es una posibilidad para el individuo, un ideal al que aspirar. En verdad, no existe libertad absoluta en la naturaleza. Todo está inherentemente atado por las mismas leyes que le dieron existencia. Cualquiera desviación extrema de esas leyes significa la cesación de esa cosa. Es verdad que nada es constante en la naturaleza, que "todo está cambiando", pero entonces jamás existe alguna libertad de esta ley de cambio.

El hombre no puede liberarse de los fenómenos biológicos y fisiológicos por los cuales vive, si quiere continuar haciéndolo. Nuestros instintos son un material fundamental de nuestras vidas. Ellos nos empujan a actuar en ciertas formas y hacer la compulsión de nuestras emociones. Podemos a veces ejercitar para oponernos y parecemos liberarnos de ellos pero solamente para ser asidos una vez más en la inescapable malla de la muerte, una ley, un fenómeno en contra del cual ningún hombre ha ejercido la libertad de su voluntad. Si cada humano fuera a lograr absoluta libertad de voluntad y deseo, la sociedad se desintegraría y como lo han descubierto aquellos que intentan esto, la misma libertad de otros suprimiría la propia.

Una forma de libertad que podemos ejercer no precisamente en actos de comisión sino en actos de omisión, en otras palabras, esa que uno elige no para hacer sino para cómo hacer. La persona que pone una restricción racional sobre sus actos con relación a otros humanos está, finalmente, protegiendo sus propios derechos y expresión del ser.

Conocemos cómo de desastroso sería dejar a un niño pequeño dejarse ir en respuesta a cada estímulo que tuviera. Sólo a través de la restricción es el niño protegido para no destruirse a sí mismo. No se permite, para su propio bienestar, por ejemplo, que coma, beba o haga cualquier cosa que quiera. Ni siquiera el hombre puede tener esa libertad porque primero está atado por las leyes de la naturaleza y seguidamente, por lo menos, a esas leyes de la sociedad que son obviamente aparentes para el beneficio también de la humanidad. Ningún hombre es autosuficiente. En algún grado, dependemos el uno del otro. Por lo tanto, estamos obligados a respetar los derechos de los demás para que los demás respeten los nuestros. "Dejarse ir" es traspasar los derechos de aquellos sobre los que dependemos.